cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podría ser, y el roto más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente, y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ningunos de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso; y de su hermano que fué llorón. Así que, oh Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho.

—¿Pues hay más? preguntó Don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la "historia" de vuesa merced, con nombre "del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha; y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho, dijo Don Quijote, que debe ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues según dice el bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena.

—Ese nombre es de moro, respondió Don Quijote.

—Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

—Tú debes, Sancho, dijo Don Quijote, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

—Bien podría ser, replicó Sancho; más si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo, dijo Don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco.

PENSATIVO además quedó Don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías.

Con todo eso imaginó que algún sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habría dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decía entre sí, que nunca hazañas de escudero se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera.

Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos, y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole:

—Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra.

Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir del arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes.

Hízole levantar Don Quijote, y dijo:

—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.

—Una de las cosas, dijo á esta sazón Don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara.

—Si por buen fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, sólo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso.

—Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia.

—No es objeción de importancia, respondió Carrasco.

—No por cierto, respondió Don Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento que vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; éste á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso viscaíno.

—Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun más de las que yo quisiera.

—A lo que yo imagino, dijo Don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad, dijo Don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué describirlas sin han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pintó, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro